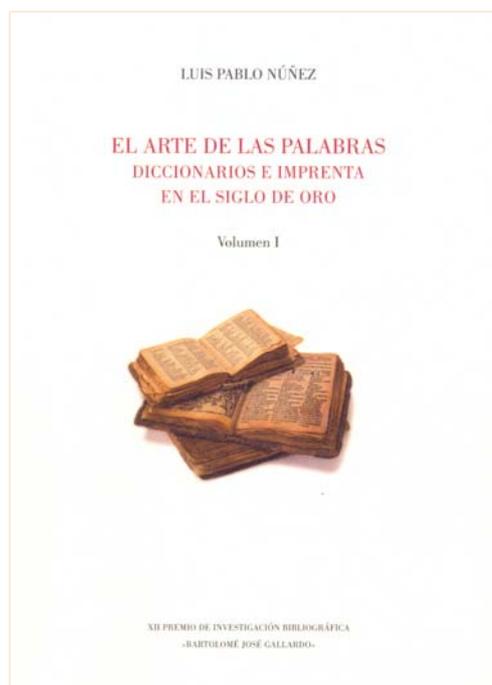


Lexicografía hispanofrancesa de los siglos XVI y XVII*

Manuel Bruña Cuevas

Universidad de Sevilla

mbruna@us.es



Hasta la aparición en 2010 del libro *El arte de las palabras*, de Luis Pablo Núñez, faltaba una publicación que llenara una laguna existente, es decir, una publicación que ofreciera un estudio panorámico, y al mismo tiempo detallado, sobre la producción lexicográfica de los siglos XVI y XVII en la que se confrontan el francés y el español. No es que no hubiera estudios previos sobre muchas de las obras que forman parte de tal producción; de hecho, abundaban sobre algunas. Pero es la primera vez que todas ellas se presentan minuciosamente analizadas en un solo trabajo.

El libro, en lo que a su carácter panorámico se refiere, se abre, efectivamente, por el primer repertorio en que francés y español aparecieron juntos, el de Vorsterman (1520), terminando por la nomenclatura de Ferrus en su edición de 1695. En cuanto al otro aspecto mencionado, su carácter de estudio detallado, cabe señalar que se trata además de una obra sorprendente por su declarado propósito de exhaustividad: se estudian en ella los repertorios lexicográficos que, editados en cualquier país durante los mencionados siglos, ponían en paralelo el léxico general del francés y el español, y esto tanto si solo se ocupaban de estas dos lenguas en forma de repertorios

* Sobre la obra, de Luis Pablo Núñez, *El arte de las palabras. Diccionarios e imprenta en el Siglo de Oro* (Mérida, Editora Regional de Extremadura, 2010, 2 volúmenes, 569 y 465 p. ISBN: 978-84-9852-265-5).

bilingües como si incluían algunas otras en forma de repertorios plurilingües, tanto si presentaban el léxico por orden alfabético como si lo distribuían por campos temáticos, tanto si se publicaron como voluminosos diccionarios en gran formato como si fueron simples cartillas de bolsillo, tanto si aparecieron como obras lexicográficas independientes como si, caso cuantitativamente más frecuente, se integraban en obras didácticas que comprendían otros materiales para la enseñanza de lenguas, tanto, por último, si presentaban un alto grado de originalidad como si eran simples adaptaciones de obras precedentes.

Esta heterogeneidad queda perfectamente asumida en el libro mediante el establecimiento, como veremos, de acertadas agrupaciones entre las obras que componen el corpus de estudio. Por lo demás, todas ellas, pese a su variedad, se integran, según la visión del autor, en un movimiento común hacia la consolidación de los idiomas modernos e incluso hacia su presencia fuera de sus límites geográficos. Todas, además, están consideradas, por un lado, como producto de las trayectorias vitales de sus autores, a su vez circunscritas en determinadas circunstancias históricas que propician las demandas del mercado al que tales obras se destinan, y, por otro lado, todas están vistas bajo el prisma de sus antecedentes y de su evolución posterior a través de reediciones, adaptaciones y plagios, lo que da lugar a excelentes análisis sobre semejanzas estructurales y culturales entre obras emparentadas. Asimismo, todas se ponen en relación con las prácticas en la enseñanza de idiomas y con los procedimientos editoriales de su época; y, por descontado, para todas se ofrece, con más o menos profundidad según su relevancia, atinadas descripciones de sus contenidos lexicográficos, tanto en lo que respecta a su macroestructura como a su microestructura.

Ahora bien, como hemos dicho, el libro se ocupa solo de los repertorios que, desde presupuestos lexicográficos, ponen en relación el léxico general de español y del francés. Esto conlleva dos exclusiones, que el autor señala y justifica por razones metodológicas y editoriales. Por un lado, supone esto excluir ciertas obras en que ambas lenguas aparecen relacionadas con fines, no ya lexicográficos, sino comparatistas –tales como el *Trésor* de Jean Nicot (1606) o el *Análogo-diaphora* de Pierre Bense-Dupuis (1637)–, u obras, como las de Francesco Alunno u Orazio Toscanella, en que el español y el francés no se relacionan entre sí directamente, sino por intermediación del italiano. Por otro lado, se excluye el estudio de un nutrido grupo de obras que no pretendían ofrecer el vocabulario usual, sino que contenían vocabularios especializados con presencia del español y el francés. A veces muy desatendidas desde el punto de vista lexicográfico, su ausencia aquí queda compensada por el análisis que de ellas hace el propio L. Pablo Núñez en su tesis doctoral, punto de partida para la publicación de este libro; nos referimos a la tesis que, dirigida por Manuel Alvar Ezquerra, defendió en la Universidad Complutense: *Lexicografía hispano-francesa de los siglos XVI y XVII: catálogo y estudio de los repertorios* (2008). Añádase, además, que el autor tam-

bién ha paliado en gran parte tal ausencia con la publicación de su obra *Hacia una flora universal: la Botánica y el español como lengua de la ciencia* (San Millán de la Cogolla: Cilengua y Fundación San Millán, 2012). A esta y a la tesis puede acudir, por tanto, para completar el panorama ofrecido por la publicación que estamos comentando.

El arte de las palabras, por su gran extensión, se presenta distribuido en dos volúmenes, que forman un conjunto de 1034 páginas. Contra lo que pudiera pensarse, este abultado conjunto invita a la lectura gracias a una desahogada distribución de textos, gráficos, tablas e ilustraciones, si bien lo que realmente capta la atención del lector es su contenido.

Este se halla distribuido en doce estudios correspondientes a otros tantos capítulos, de desiguales dimensiones por estar adecuados a su respectiva complejidad. Tampoco se ha empeñado el autor en adoptar para todos ellos una sola estructura, lo que es probable que hubiera sido perjudicial para la pertinencia y profundidad de la exposición. Con todo, se observa en todos una cierta tendencia a seguir un orden similar: suelen abrirse por el contexto histórico y/o por los datos biobibliográficos del autor y por la producción del editor, lo cual va seguido de la tradición textual (entendida como el conjunto de ediciones o emisiones, de copias y adaptaciones de la obra analizada) y del examen de la macro y microestructura; concluyen con una relación de las ediciones manejadas para su análisis y con unos comentarios bibliográficos en los que L. Pablo Núñez se ocupa de los estudios publicados sobre la obra u obras del correspondiente capítulo; son comentarios, a nuestro parecer, mucho más ilustrativos que la mera presentación de tales estudios al modo más usual, es decir, como simples listados alfabéticos, de los que el autor ha podido prescindir así enteramente. No podemos dejar de señalar a este respecto que el autor no desdeña en tales comentarios bibliográficos reseñar también, junto a los estudios más recientes, junto a, incluso, estudios que están en curso de realización, trabajos que tienen ya alguna o bastante antigüedad, recuperándolos así del olvido al que a menudo los relegan muchos investigadores. Si a ello se añaden las continuas referencias a la bibliografía crítica en las notas a pie de página, puede uno hacerse una idea de la aspiración a la exhaustividad con que, también desde este punto de vista, ha sido compuesta esta obra.

El primer capítulo del libro está dedicado a la publicación pionera en la reunión del francés y el español –la ya mentada de Willem Vorsterman, en sus ediciones de 1520 y 1530–, si bien, dicho así, disminuimos el alcance del capítulo; y es que L. Pablo Núñez se remonta en él a la anterior tradición manuscrita o incunable de la que surge la obra de Vorsterman, en especial al *Vocabularius optimus* y el *Gemma linguarum*. Se trata así de un primer capítulo que muestra ya la minuciosidad de los análisis de Pablo Núñez y su esfuerzo por establecer finamente las posibles filias, algo que se encontrará reiteradamente a lo largo de los demás capítulos.

En el segundo de ellos se aborda la fecundísima serie del vocabulario de Berlaimont desde su primera edición conservada (1527), prestándose atención a sus antecedentes medievales (las *manières de langage* y el *Livre des métiers* de Brujas, entre otros), a sus numerosas reediciones (más de doscientas) y a sus prolegómenos del siglo XIX (hasta 1893), dedicándose el capítulo siguiente a la serie que compitió mucho tiempo con la del *Berlaimont* por el mercado de los vocabularios, o sea, a la del *Solemnissimus vocabulista*, cuyos orígenes se remontan igualmente a época medieval; su nacimiento y éxito (más de cien ediciones) se explica por el ambiente comercial italiano y germano como el de la serie Berlaimont por la actividad mercantil de Flandes. Evidentemente, dada la abundante tradición textual del *Berlaimont* y el *Vocabulista*, el autor ha elegido para su análisis las ediciones más relevantes, o sea, aquellas en que se produjeron cambios que afectaron a las ediciones posteriores. Si el estudio y comparación entre sí de tales ediciones supone ya un importantísimo esfuerzo, nótese que no es menor, aunque pase más desapercibido, el necesario para establecer cuáles fueron esas ediciones innovadoras.

Estos tres primeros capítulos ofrecen, pues, un cabal panorama de los vocabularios políglotos menores que circularon por Europa y que recogieron en la mayoría de sus ediciones tanto el francés como el español. Son un total de 209 páginas que constituyen un referente indispensable para quien se interese en adelante por tales obras, tanto desde el punto de vista de por qué nacieron en el contexto geográfico y sociológico en que lo hicieron como en lo que atañe a su compleja tradición textual y a las obras a que dieron lugar. De los tres, es el capítulo reservado al *Berlaimont* el más desarrollado. Además de lo que hemos dicho, el lector encontrará en él la distribución por ramas de sus diversas ediciones, consignadas en un exhaustivo listado, terminando este estudio bibliográfico de la obra con listas y gráficos sobre las ciudades de impresión y la distribución temporal de las ediciones. Solo después comienza el examen de la microestructura y la macroestructura de la obra, presentándose en cuadros comparativos la evolución del léxico recogido en las distintas ediciones de los siglos XVI y XVII. Se ocupa a continuación el autor de la fecunda posteridad del vocabulario, con especial atención a algunas adaptaciones: la barcelonesa de Pere Lacavalleria (1642), la londinense de William Stepney (1591) y la manuscrita neerlandés-español que L. Pablo Núñez ha localizado en la Biblioteca Nacional de España y cuya redacción sitúa entre 1578 y 1615. Por último, se presta atención a esas adaptaciones tardías a las que ya hemos aludido, es decir, a las decimonónicas, ya sea con el francés y el bretón o ya se trate de las bruselenses francés-neerlandés (*Kleynen Vocabulaer... Petit Vocabulaire...*). Tras una relación de las muchísimas ediciones que ha podido localizar y consultar, termina este capítulo como hemos indicado que se cierra también la mayoría de los demás: con unos comentarios sobre los estudios publicados sobre esta obra y sus derivados. Muestra todo esto la amplitud de miras del libro. Ciertamente, este capítulo II, junto al dedicado a la producción de Oudin, es el más

elaborado, pero revela cuál es la calidad de la investigación llevada a cabo por L. Pablo Núñez; no solo brinda en su libro una inserción de cada obra en su contexto histórico y, cuando corresponde, en el contexto de la producción global del autor, sino que, antes de adentrarse en el examen interno de cada una, lleva a cabo un estudio sobre los aspectos editoriales que le atañen, lo que da lugar, a medida que se va pasando de unos capítulos a otros, a la construcción de un verdadero tratado de la evolución del mundo de la imprenta.

Tras los tres primeros capítulos aborda el autor una producción de muy distinto calado: los diccionarios de carácter docto que, aunque no desde su origen, acabaron incluyendo en el transcurso de sus reediciones y remodelaciones el francés y el español junto a otras lenguas. El cuarto capítulo está así dedicado al más conocido de ellos, el diccionario de Ambrogio da Calepio, mientras que el quinto trata sobre el *Tesoro ciceroniano* de Mario Nizzoli, surgido en el mismo marco renacentista de depuración del latín y de sus textos clásicos en que se sitúa también la composición del *Calepino*. Como este, también el de Nizzoli evolucionó a través de sus ediciones desde un primigenio carácter fundamentalmente monolingüe a una obra políglota, si bien, a diferencia del famoso *Calepino*, que fue ampliamente plurilingüe en la mayor parte de sus muchas salidas hasta bien avanzado el siglo XVIII, el *Tesoro* de Nizzoli solo incluyó un número más reducido de lenguas (español, francés e italiano) en dos ediciones (Venecia, 1606 y 1617), por lo demás inspiradas del *Calepino*.

Con el sexto capítulo vuelve L. Pablo Núñez a los vocabularios políglotos, pero queda plenamente justificada su separación de los vistos en los tres primeros capítulos por su diferente naturaleza: no se trata ya de cartillas de poca envergadura, sino de obras que, aunque igualmente multilingües, aparecieron en mayor formato y con pretensiones de exhaustividad en cuanto al vocabulario recopilado. Esta vez, quizá por su número o por su menor complejidad editorial, el autor se muestra mucho más escueto en sus comentarios que al tratar las largas series de las cartillas políglotas; centra así su atención primordialmente en dos de estos vocabularios, ambos aparecidos en Londres: el *Ductor in linguas* o *Guide into tongues* de John Minsheu (primera edición en 1617, con once lenguas; con algunas menos en las ediciones de 1625 a 1627) y el *Lexicon tetraglotton* (1659-1660) de James Howell. Reserva el apartado final del capítulo a comentar más brevemente los varios vocabularios de este tipo aparecidos en Cetroeuropa; destacan entre ellos los varios debidos a Juan Ángel de Sumarán, pero también incorpora el autor unos comentarios sobre el *Thesaurus polyglottus* (1603) de Hieronymus Megiser y algunas referencias a la producción general de Heinrich Decimator y el *Gazophylacium* (1691) de Christoph Warmer.

Desde el capítulo siguiente se sale ya del estudio de las obras plurilingües que incluyeron el francés y español para entrar en las que se centraron específicamente en estos dos idiomas, empezando por la que es objeto del séptimo capítulo: el *Vocabulario* (1565) de Jacques Ledel. Aunque adaptación del vocabulario de Berlaimont, la

obra merece ser tratada en este lugar diferenciado –ya hemos visto que el autor se ocupa de la serie Berlaimont en el capítulo II– por no estar exenta de cierto grado de originalidad y, sobre todo, por ser la primera obra lexicográfica francoespañola estrictamente bilingüe y la única con tal característica que se publicó en España durante los siglos XVI y XVII. Dado que este vocabulario fue editado en el mismo año y por los mismos impresores que una adaptación de las *Conjugaciones* de Gabriel Meurier, la *Grammatica* de Baltasar de Sotomayor, con la que a menudo se halla encuadrado, también a ella se atiende en este capítulo.

Los dos siguientes capítulos, VIII y IX, están dedicados a las tres obras que, aparecidas en torno al cambio de siglo, en torno al paso del XVI al XVII, constituyen los primeros exponentes en la serie histórica de los diccionarios francoespañoles propiamente dichos, dado que no presentan ya las limitaciones propias del *Vocabulario* de Ledel. Aunque los tres diccionarios presentan unos planteamientos y hasta unas fuentes similares, los dos primeros en el tiempo vienen estudiados en el capítulo VIII, mientras que el tercero, verdadera obra cumbre que domina todo el siglo XVII, merece por ello ser tratado en el IX. Nos referimos, para el capítulo VIII, a la *Recopilación* de Heinrich Hornkens (1599) y al *Diccionario* de Jean Pallet (1604, con una sola reedición en 1606-1607); y, para el capítulo IX, al *Tesoro* de César Oudin. En lo tocante a este último, se presta gran atención a sus varias reediciones tras su primera salida en 1607, así como a sus dos derivados, el *Tesoro* trilingüe francés-italiano-español (1609) de Girolamo Vittori y el *Anónimo de Amberes* o diccionario del impresor César-Joachim Trogney. Estos capítulos VIII y IX contrastan entre sí tanto por sus contenidos como por su extensión; de los dos, el noveno supera con mucho en profundidad de análisis y amplitud al octavo. Pero que sea así está más que justificado; deriva del papel desempeñado por C. Oudin en la publicación de obras para la enseñanza del español en Francia a finales del XVI y en los primeros decenios del XVII y, como ya indicado, del lugar preponderante que ocupa su *Tesoro* en la historia de la lexicografía francoespañola, ya sea por sus varias reediciones y remodelaciones a lo largo del XVII, ya por sus adaptaciones para italianohablantes o neerlandófonos, ya por ser la base de uno de los diccionarios que dominan el panorama lexicográfico bilingüe español-francés y francés-español del siglo XVIII: el de Francisco Sobrino (1705). Si el centenar de páginas que L. Pablo Núñez consagra a la serie Berlaimont es, como hemos dicho, un nuevo referente para quienes se acerquen a ella, también las 161 páginas de este capítulo IX lo es al constituir no solo una buenísima síntesis de la producción de Oudin, sino un avance en el conocimiento de su diccionario, de su evolución en el transcurso de sus ediciones, de sus filiaciones e influencias.

El capítulo X, que abre el segundo volumen del libro, está dedicado a François Huillery, al análisis de su única obra conocida (su *Vocabulario*, con solo una edición en 1661) y al impresor de esta, Pierre Variquet. Es una obra curiosa y a la que se había prestado menos atención que a otras, por lo que L. Pablo Núñez no se limita al

análisis de su parte lexicográfica, sino que la comenta en su totalidad. Pero lo que mejor justifica que se le dedique expresamente un capítulo propio en el libro es que, al contener un vocabulario unidireccional español-francés por orden alfabético, no correspondía incluirla en los capítulos VIII o IX, dedicados a los verdaderos diccionarios francoespañoles de la época estudiada, ni en el capítulo VI, dedicado a los vocabularios políglotas del XVII, ni en el VII, acertadamente reservado a la pionera obra de Ledel, ni en ninguno de los dos estudios finales.

El capítulo XI, en efecto, encierra comentarios sobre una quincena de vocabularios distribuidos temáticamente y centrados en el francés y el español con, a veces, alguna otra lengua como el italiano. Con la minuciosidad que lo caracteriza, el autor los coteja a menudo entre sí; toma para ello como referencia el campo temático de las partes del cuerpo humano, dado que aquí, por razones obvias, no puede aplicar el criterio seguido en sus análisis de los vocabularios o diccionarios alfabéticos, para cuyas calas comparativas elige las voces *a-al* y *l-lan*, tanto en dirección español-francés como en dirección francés-español si la obra no es unidireccional. Las nomenclaturas objeto de análisis son las publicadas entre 1569 (la de Juan Lorenzo Palmireno) y 1680/1695 (la de Ferrus). Se vuelve así a ciertos autores tratados anteriormente por su producción políglota, al tiempo que se completa con esta otra producción lexicográfica temática el capítulo III sobre el *Solemnissimus vocabulista*, también temático en cuanto al vocabulario, pero multilingüe.

En cuanto al capítulo XII, está reservado a los repertorios que no llegaron a la imprenta, a los que no sobrepasaron el estado de manuscritos, algo que les confiere una unidad tanto por su carácter de ejemplares únicos como por las dificultades añadidas que plantea su análisis. Se ocupa así L. Pablo Núñez de los vocabularios español-italiano, español-francés y español-vasco de Niccolò Landucci (1562), del diccionario unidireccional español-francés de Pierre Séguin (circa 1636), de los varios manuscritos conservados de Sylvain Pouvreau –entre los que figura la breve versión de un diccionario vasco-francés-español-latín redactado entre 1659 y 1665– y, finalmente, de los dos vocabularios del manuscrito del XVII que perteneció a Raymond Foulché-Delbosc, cuyo paradero permaneció desconocido de 1936 a 1996; el primero de estos últimos es políglota latín-ocho lenguas vulgares y el otro, bidireccional con solo el francés y el español, eminentemente botánico, zoológico y de sustancias para componer fármacos. A todos estos manuscritos se añaden otros dos de existencia potencial, solo conocidos por las noticias que dan de ellos sus autores. Uno es el quizá unidireccional francés-español que declara Baltasar Pérez del Castillo haber incluido en su *Gramática* francesa para españoles, compuesta hacia los años sesenta-setenta del siglo XVI y conservada parcialmente solo en versión manuscrita. El otro es el «Dictionnaire Espagnol» al que alude Jerónimo de Tejada en el prólogo de su *Gramática* española (1619), si bien, a nuestro entender, el párrafo de ese prólogo en que L. Pablo Núñez se apoya para suponer su existencia podría entenderse de modo dife-

rente a como él lo interpreta, por lo que, aun con esta reticencia, y aun sin pruebas por el momento ni de que realmente Tejada lo compusiera ni de que, caso de que lo hiciera, fuera bilingüe, solo nos cabe desear que Pablo Núñez tenga razón y aparezca un día esta obra lexicográfica por ahora desconocida.

Tras este último capítulo se sitúa un apéndice titulado «Catálogo de repertorios» y curiosamente marcado como capítulo XIII. Es una verdadera base de datos, de la que el autor ha partido para la confección de sus capítulos previos y que, por su riqueza, explica en gran medida la profundidad de análisis de estos. Ocupa la mayor parte del volumen segundo (pp. 185-436), lo que ya da una idea de la ingente cantidad de información que abarca. Basta leer la introducción de que va precedido este catálogo para apreciar el enorme esfuerzo desarrollado por el autor para consignar rigurosa y metódicamente, tras la consulta de todo tipo de repertorios bibliográficos y estudios y las visitas personales a las principales bibliotecas históricas, los datos relativos a cada ejemplar perteneciente a cada una de las tradiciones textuales que examina: transcripción de las portadas –en más de un idioma cuando corresponde–, número de páginas u hojas, formato, signatura, indicaciones sobre textos preliminares o colofón, emisiones de un mismo año, ediciones modernas, repertorios bibliográficos que mencionan la obra, bibliotecas en que se halla –muy pertinentemente repartidas por zonas geográficas–, comentarios diversos o aclaraciones sobre posibles contradicciones en las referencias encontradas sobre cada ejemplar o sobre ediciones fantasma... Las diversas tradiciones textuales están repartidas por apartados, entre los que destacan, por su complejidad, los dedicados a la del *Berlaimont* (pp. 202-312) y a la del *Solemnissimo vocabulista* (pp. 313-373), en consonancia con los nutridos comentarios que el autor les dedica en los capítulos II y III. Los siguientes apartados están dedicados a Ledel/Sotmayor, Hornkens, Pallet, el *Tesoro* de Oudin, el de Vittori, el *Anónimo de Amberes*, Minsheu, Howell, Zumarán, Megiser y Warmer.

Se encuentra tras este imponente repertorio una tabla cronológica en que, mediante la combinación de las coordenadas horizontales (franjeas de cinco años desde 1510 hasta 1700) con cinco coordenadas verticales (correspondientes apariciones editoriales en esas franjeas del *Berlaimont*, del *Vocabulista*, de otras obras plurilingües, de los diccionarios bilingües o trilingües y de las nomenclaturas), se ofrece un cómodo panorama temporal de la producción lexicográfica estudiada. Cierran el libro dos índices alfabéticos, uno de autores y otro de impresores, que permiten localizar rápidamente las páginas en que se hace referencia a ellos. Añádase para completar el panorama de la obra aquí comentada un prólogo de Manuel Alvar Ezquerria y unas muy atinadas e instructivas «Presentación» e «Introducción» del autor, cuya lectura aconsejamos a cualquiera que se acerque tanto a la totalidad como a una determinada parte del conjunto.

Aunque ya hemos aludido a ello, queremos recalcar que uno de los valores de este libro es el gran número de gráficos y tablas que presenta. Destacaremos en espe-

cial las tablas en que el autor compara el vocabulario incluido en las diversas ediciones de una misma tradición textual o en diccionarios interrelacionados en cuanto a su filiación; completan e ilustran muy adecuadamente las explicaciones del autor sobre la evolución de una misma obra o sobre las influencias de unas obras en otras, con el valor añadido de que no siempre es fácil tener acceso a los repertorios lexicográficos concernidos. Destaca asimismo el gran número de ilustraciones correspondientes a portadas o páginas interiores de las obras, insertas tanto en los estudios que componen el conjunto como en el catálogo del capítulo XIII. Más que una finalidad ornamental, cumplen a menudo la función de probar la exactitud de las transcripciones del autor y de contribuir a entender mejor sus descripciones en cuanto a la presentación del léxico en los vocabularios y diccionarios examinados. De hecho, hubiera sido bienvenido el disponer de un número más elevado de ellas, pero, como bien indica el autor, los derechos de reproducción no siempre lo han hecho viable. Como él, remitimos, pues, al interesado por este complemento a su propia tesis.

Igualmente, deseamos hacer hincapié en otro de los aspectos que desuellan en el libro y que justifican el título que porta; hablamos de la atención que recibe el mundo y la historia de la imprenta europea, las técnicas editoriales, los canales comerciales, así como las cuestiones bibliográficas en su más amplio sentido. Consideramos que esta obra es ante todo un estudio metalexicográfico; pero sobresalen tanto en ella esos otros aspectos a los que acabamos de referirnos que se entiende perfectamente que su publicación haya sido posible gracias a que consiguió en 2009 el XII Premio de Investigación Bibliográfica «Bartolomé José Gallardo».

Queremos por último insistir, aunque ya lo hayamos sugerido, en que no concebimos que los estudios sobre la lexicografía francoespañola de los siglos XVI y XVII –y sobre gran parte de la lexicografía europea de esos siglos, dado su frecuente carácter polígloto– puedan llevarse a cabo en el futuro sin tomar en consideración esta obra. Ciertamente, como señala el autor, ya anteriormente se había prestado bastante atención a buena parte de ellas, pero su libro no solo recoge lo ya sabido, sino que logra estructurarlo coherentemente y añadir nuevas observaciones, clarificando notablemente las filiaciones y aportando repetidamente datos nuevos, hasta ahora desconocidos. Es el caso, por ejemplo, de su presentación de la tradición textual del *Solemnissimus Vocabulista*, que mejora la de Alda Rossebastiano Bart, a pesar de estar basada en ella, con el aporte de los nuevos ejemplares descubiertos por el autor; o el caso de su clarificación y mejor estructuración de la tradición textual del *Berlaimont*, la cual, aunque basada en la ya establecida por R. Verdeyen y Caroline B. Bourland, se enriquece asimismo con las ediciones descubiertas con posterioridad a sus trabajos. Es también el caso de su magnífico estudio sobre la producción de César Oudin; o el de su correcta descripción de numerosos ejemplares de obras cuyas referencias se daban con errores. Es a L. Pablo Núñez a quien se debe igualmente la localización de un ejemplar de las obras de Sotomayor y Ledel en la Biblioteca nazionale centrale Vitto-

rio Emanuele de Roma o de otro ejemplar de la obra de Lacavalleria en la Biblioteca Nacional de España. Y aún cabe destacar sobre todo esto, al menos desde nuestro punto de vista, su descubrimiento en la Real Biblioteca del Palacio Real de Madrid de una copia manuscrita de la también inédita y anteriormente desconocida gramática de Pérez del Castillo.

Un libro como este ha demandado a su autor varios años de trabajo; le ha exigido la consulta de muchísimos catálogos en papel o informatizados, la visita de bibliotecas repartidas por varios países, el análisis paciente de gran cantidad de obras y de todos los ejemplares correspondientes a los que ha podido acceder. El resultado final resulta impresionante y, junto a los trabajos publicados en los últimos diez años por L. Pablo Núñez, lo confirma como uno de los investigadores punteros en la historia de la lexicografía hispánica e hispanofrancesa. Son varios, además, los proyectos que nos ha anunciado tener entre manos. Solo nos resta animarlo a llevarlos a cabo: tenga la seguridad de que somos muchos los que esperamos con anhelo su publicación.